



**Aula d'Història de Lo Rat Penat**  
**Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez**

**Tema XXX.**

**El marqués de Campo.**

**El triunfo de la Revolución burguesa.**

El 22 de mayo del año 1814, el año en el que toda Europa celebraba la derrota final de Napoleón Bonaparte, en la ciudad de Valencia, en una casona situada en la plaza del Mercado, próxima a la Lonja de Mercaderes y a la iglesia de los Santos Juanes, nació el niño que, en el momento de su bautizo en la parroquia antes citada, recibió el nombre de José, algunos cronistas añaden Gabriel y Juan, hijo de don Gabriel Campo y de doña Teresa Pérez.

Gabriel Campo era oriundo de las tierras de Aragón, de Torrijos del Campo. Uno de los tantos jóvenes arrojado a las playas de Valencia en busca de un sustento que en su pueblo difícilmente podía alcanzar. Eran tierras duras, de difícil labranza y las bocas, en la familia, eran demasiadas como para poder alimentarlas a todas. Un prototipo de emigrante que la literatura valenciana, y en especial Vicente Blasco Ibáñez, han recogido de modo magistral.

En Valencia, con su esfuerzo, había labrado Gabriel Campo un magnífico porvenir. Como otros paisanos suyos se había dedicado al comercio, más concretamente al comercio de las especias, ampliado posteriormente a todo tipo de alimentación, que consolidaba su posición económica al tiempo que le permitía posicionarse en el interior del partido moderado, una vez concluido el reinado de Fernando VII se iniciaba la regencia de María Cristina, como un valenciano perteneciente a la burguesía económica que intentaba apoderarse, frente a los liberales progresistas, del poder político.

Una sólida posición económica y social que le permitió, una vez que su hijo terminó los estudios primarios y secundarios en un prestigioso Colegio privado de Valencia, enviarlo a recorrer los países más avanzados de Europa. Quería que en ellos aprendiese las más modernas aportaciones en el campo de la economía, en el campo de la industria, en todas las facetas que le convirtiesen en un futuro gran financiero.

En 1843 se le presentó a Gabriel Campo la oportunidad de lanzar a su hijo de pleno a la vida pública.

Era, José Campo, vuelto a la ciudad de Valencia, un hombre joven, aun no alcanzaba los treinta años, pero que ya tenía fama entre los valencianos de persona sabia en el campo de la administración y de las finanzas. El momento era propicio. El gobierno del general Espartero, vencedor en las guerras Carlistas, del liberalismo radical y personalista, tocaba a su fin. Los moderados, dirigidos por el general Narváez y apoyados por la reina Isabel



II, aliados con los liberales puros del valenciano Joaquín María López, forzaban la dimisión del regente de la Nación.

Nacían por doquier, en cada una de las grandes ciudades de España, las Juntas de Defensa que sustituían a los gobiernos municipales afectos al progresismo radical.

Gabriel Campo, miembro de la Junta de Defensa de Valencia, planteó la cuestión a sus compañeros moderados. El nombramiento de su hijo José como alcalde interino de la ciudad que era capital del reino. Nombramiento que, pese a la juventud del aspirante, fue aprobado y entregó el poder de la alcaldía a un hombre brillante en el que todos confiaban.

En los siguientes años, 1843-1846, el nuevo alcalde no defraudó a nadie. Consolidada su posición tras ser elegido por votación en el mes de diciembre de 1843, era el primer mandatario electo del municipio valenciano, presentó un proyecto de regeneración de la ciudad que a todo el mundo sorprendió. Pensaban que, dada su magnitud, sería imposible llevarlo a la práctica en el momento histórico que la sociedad valenciana vivía.

Se trataba de promover, el empedrado de las más importantes calles de la ciudad, dotar a la urbe de una nueva iluminación a partir de la utilización del gas, establecer el servicio del agua potable a todas las viviendas que pudiesen costear los gastos, urbanizar el abandonado barrio de la Zaidía..., un proyecto ciertamente faraónico que José Campo puso en marcha entre los años 43 y 46 del siglo XIX.

Sorprendentemente, puesto que nadie había planteado quejas contra su gestión y los moderados seguían en el poder en la Nación, estamos en la primera década del gobierno de Narváez, José Campo presentó su dimisión como alcalde de la ciudad. Había gustado el sabor de la política, pero prefería seguir el camino al que estaba vocacionado y preparado. El camino del hombre de negocios, del capitán de empresa que solo responde de sus actos ante su conciencia.

De manera inmediata, tras su renuncia a la alcaldía, planteó al nuevo Ayuntamiento que bebía de sus fuentes, quedarse con la contrata de todas las obras emprendidas y las que faltaban por realizar. La contrata sobre el gas y la iluminación, la contrata del agua en las viviendas, la contrata del adoquinado, la urbanización de la Zaidía..., contratas municipales que consiguió sin demasiadas dificultades dadas sus buenas relaciones con los nuevos gobernantes.

Nacían por su iniciativa a partir del año 1846, y para llevar a cabo la tarea de las reformas de la ciudad cuyas contratas había conseguido, la Sociedad de Aguas Potables, la Sociedad del Gas, y, sobre todo, nacía la Sociedad de Crédito y Fomento, el primer banco de inversiones que España conocía y que la situaba en la senda de la revolución industrial y financiera que Europa vivía.

Éxitos continuados en el mundo de los negocios que le convierten en poco tiempo en uno de los inversores más importantes de la Nación, y que tienen también su retribución en el



campo de la política. En el año 1850 José Campo fue elegido diputado provincial por el distrito de Enguera, la capital de la valenciana comarca de la Canal de Navarrés.

Distrito electoral que se convertiría en el feudo permanente del nuevo diputado.

En el mismo año, 1850, fue elegido José Campo diputado de las Cortes Españolas en las listas del partido moderado. Una designación que le obligó a trasladarse a Madrid y fijar allí su residencia. Una residencia que se alargaría en el tiempo porque duraría, como diputado electo en las diversas votaciones hasta el año 1865, aunque sin perder nunca de vista su presencia en Valencia.

Desde esa fecha, 1865, y hasta el año 1868, año de la revolución liberal-progresista, fue, el financiero valenciano, senador vitalicio. Isabel II, la reina de España, le pagaba con el nombramiento, todas las aportaciones que a la consolidación de la monarquía y al progreso de la Nación había realizado.

Como aportes esenciales del financiero valenciano al progreso de España en esos años, anotemos, en primer término, su presencia en el desarrollo del ferrocarril en las tierras valencianas primero, en el contexto de la península más tarde. Se iniciaba con el trayecto Mar-Játiva, y se ampliaba con el que ponía en contacto a Valencia con Tarragona. El ferrocarril era la fuerza del futuro, la que articulaba todas las comarcas de España tanto en la comunicación de pasajeros cuanto de mercancías.

Fue también el tiempo en el que José Campo obtuvo la concesión de la compra y venta del tabaco para toda España. De la producción que llegaba de Filipinas y de Cuba. Una situación de poder económico, de poder inversor, que le condujo a la necesaria creación de la Sociedad Central Española de Crédito, una institución financiera que extendía su presencia a todas las provincias de España. Corría, en el momento, el año 1864.

Por lo que a Valencia hace referencia es necesario anotar que, para defender sus tesis políticas y aumentar su credibilidad financiera, José Campo puso en marcha un periódico que tuvo por título La Opinión, portavoz del moderantismo valenciano y cuya dirección se entregó a un joven literato especialmente brillante.

Hablamos de Teodoro Llorente Olivares, el hombre, tenía veinticinco años, que hizo del nuevo periódico un instrumento de combate de los moderados valencianos, capaz de enfrentarse con los órganos de opinión de los liberales y de los carlistas que eran los principales adversarios.

Otro tema poco tratado por los biógrafos del financiero valenciano, nos lleva a recordar que, en el año 1865, uno de sus hombres de confianza, Cirilo Amorós, a la sazón gobernador civil de Valencia, consiguió el permiso de la Reina para derribar las murallas que cercaban y asfixiaban la ciudad.



El derribo de las mismas hacía posible un proceso de urbanización y de nuevas construcciones que atraía a los capitales más poderosos. Valencia dejaba de ser una ciudad provinciana, anclada en el tiempo, para convertirse en una nueva urbe que trataba de situarse entre las más modernas de España.

José Campo era, en el año 1865, un hombre nuevo, recién llegado al mundo de la alta burguesía financiera, lejano a cualquier origen aristocrático, que asombraba a cuantos competían con él. Su visión de los grandes negocios posibles no tenía límites y su audacia al emprenderlos tampoco. Los éxitos alcanzados le abrían la puerta de los más altos cargos de la sociedad española.

Fue el tiempo en el que, junto al también valenciano Luis Mayans, ministro permanente en todos los años del poder moderado, y junto al marqués de Cáceres y el marqués de Montortal, se creó en Madrid, en el transcurrir del reinado de Isabel II, lo que se dio en llamar el “grupo valenciano”.

Un grupo de financieros, apoyados por los diferentes gobiernos de la época, que marcaron la pauta de una revolución financiera y también parcialmente industrial, que volvió a situar a España en el cuadro de las potencias europeas. Todavía España tenía un poder colonial que considerar.

Pero la crisis económica del año 1866 que conoció Europa y España, puso en cuestión la auténtica valía financiera del antiguo alcalde de la ciudad de Valencia. Una crisis económica que le obligó a declarar en quiebra a su Sociedad de Inversiones. Los valencianos conocieron, todos aquellos que habían confiado en José Campo, lo que significaba la pérdida de todo el dinero invertido.

El gran hombre había defraudado. Una pérdida de su prestigio que en Valencia condujo a la cesión del periódico La Opinión a quienes, hasta el momento, lo habían gestionado en su nombre. A Teodoro Llorente le cedería la cabecera del periódico con la obligación de cambiarle el nombre. A Federico Doménech, el hombre que había tenido a su cargo la impresión, le cedía los talleres.

Nacía, en ese año de 1866, el periódico Las Provincias que, presente en la calle hasta nuestros días, se convertiría en el decano de la prensa valenciana.

La revolución liberal-progresista acaudillada por el general Prim, marqués de los Castillejos desde sus victorias en África, que se produce en España en el mes de septiembre del año 1868, la Gloriosa en denominación de sus partidarios, la inmediata expulsión de las tierras de España de la reina de la Casa de Borbón, puso fin, al parecer de modo definitivo, a la primera etapa de esplendor económico y político de José Campo.

El reinado de Amadeo de Saboya, el príncipe italiano que Prim presentaba como modelo de los reyes democráticos, y el breve paréntesis de la Primera República española que le sucedió, el llamado sexenio revolucionario en su conjunto, obligaron a José Campo a retirarse de la escena política. Una desaparición que, no obstante, no permanecía al margen



de la crisis política que vivía España. Bien al contrario, y a través de sus hombres de máxima confianza, Cirilo Amorós y Teodoro Llorente, el financiero valenciano preparaba su vuelta.

1874. Se ha constatado el fracaso del gobierno de Amadeo de Saboya. El intento de instaurar una nueva monarquía democrática no ha podido consolidarse privado como estaba el proceso de la persona que lo impulsaba. El asesinato de Prim, su principal valedor, lo hacía inviable puesto que ninguna fuerza política o social española, ni siquiera el ejército, apoyaba a un rey extranjero.

El mismo camino había seguido la Primera República, liquidada por sus propios partidarios a partir de las revoluciones cantonales del año 1873, que derivaban a posiciones anarquistas, ocupación de las tierras, rechazadas por la sociedad española, y que hacen posible la sustitución del régimen gobernado por intelectuales, en el año 1874, por la república militar presidida por el general Serrano. El mismo que había sido favorito de la reina expulsada, y que había acompañado a Prim en la revolución del 68.

Una república militar que no tenía más base de sustentación que las fuerzas militares que estaban a favor de un poder personal sin presencia en la sociedad.

Como contrapeso a este vacío de poder que se conocía en España, se consolidaba la opción de los círculos alfonsinos. Aquellos que aglutinaban a cuantos en España empezaban a pensar que solo la vuelta de los Borbones podría dar estabilidad política a la situación. El obstáculo principal a esa vuelta de la antigua monarquía parlamentaria lo representaba la propia reina, que era despreciada por todos los españoles sin distinción.

Pero uno de los mejores políticos que la Historia de España conocería, Antonio Cánovas del Castillo, malagueño, hijo de un maestro de escuela de procedencia valenciana, apuntaba una solución que tal vez sería la única posible para salvar la ruina política de la Nación. Se trataba de apoyar la monarquía de los Borbones en la persona del príncipe Alfonso. El hijo primogénito de la reina Isabel.

Una propuesta que, pese a la juventud del futuro monarca, se veía con agrado por todas las fuerzas conservadoras del País y una buena parte de los liberales.

Y a la opción alfonsina que se le ofrecía, a la vuelta al trono de España de los Borbones, dedicó su apoyo, y el de todos sus hombres, Cirilo Amorós, Teodoro Llorente, Navarro Reverter..., el financiero valenciano José Campo.

La sociedad española en su inmensa mayoría estaba esperando un pronunciamiento militar contra el gobierno de Serrano para mostrar su apoyo al príncipe Alfonso de Borbón. Pero Cánovas del Castillo, el jefe del partido, se negaba absolutamente a aceptar que, una vez más, fuesen los militares los que interviniesen en la designación de la persona que debía ocupar el poder, y en la naturaleza del nuevo Estado español.



Quería, el político malagueño, más que nadie la llegada de Alfonso de Borbón al poder, la restauración de la Casa de Borbón en el trono de España, pero la quería traída por el pueblo, por una manifestación de toda la sociedad que obligara al gobierno militar de Serrano a dimitir.

Era este un camino demasiado largo en opinión de José Campo, que decidió jugar sus propias armas para precipitar la situación. Unas armas que consistían en asegurar a los militares que quisieran pronunciarse en favor de Alfonso de Borbón que toda la base económica del golpe corría de su cuenta.

Los hechos que se sucedieron fueron inmediatos. Cirilo Amorós, como político más experto de su equipo de colaboradores, conocedor de la situación del ejército español, se puso en contacto con uno de sus generales más populares. Se trataba de Martínez Campos, un general victorioso participante en todas las guerras que España sostenía en sus colonias, y que estuvo dispuesto a encabezar el alzamiento si contaba con el firme apoyo del financiero valenciano.

Nada se dijo a Cánovas de lo que se preparaba, aunque sí a ciertos miembros de la cámara personal del príncipe que se mostraron dispuestos a apoyar el pronunciamiento. La fase siguiente consistía en decidir con qué fuerzas militares se contaba para el intento. Martínez Campos no tenía ninguna en el momento porque Serrano no se fiaba de él, pero el general conspirador tenía amigos entre las fuerzas armadas que sí las tenían.

Y fueron los jefes acantonados con sus fuerzas en Sagunto, la mítica ciudad valenciana de la Antigüedad, con motivo de unas maniobras militares programadas, los que recibieron la propuesta. Una propuesta bien aceptada con la condición de que fuera el propio Martínez Campos el que encabezara de forma pública el pronunciamiento. Una proposición que el general, deseoso de ocupar el supremo poder al tiempo que eliminaba a Serrano, aceptó.

En el mes de septiembre del año 1874 las fuerzas de Martínez Campos se pronunciaron a favor del regreso de los Borbones al trono de España. Un regreso que debía efectuarse en la persona del príncipe Alfonso, heredero legítimo, que tomaría el nombre para la Historia de Alfonso XII.

No hubo oposición declarada, por parte del gobierno militar republicano. Ni la hubo por parte de ningún sector de prestigio de la sociedad española harta de los fracasos del sexenio revolucionario. La hubo, exclusivamente, por parte de dos personas: Isabel de Borbón, la reina expulsada, y Antonio Cánovas del Castillo, el líder, como hemos indicado, del partido alfonsino.

La primera, Isabel de Borbón, intentó ser ella la que volviera a gobernar. Un deseo que fue de inmediato rechazado por cuantos apoyaban el pronunciamiento, recordándole que no se trataba de volver al pasado, sino de iniciar un nuevo periodo en la Historia de España que sería conocido como La Restauración.



Para Cánovas del Castillo no hubo respuesta. Simplemente el nuevo monarca le nombró presidente del nuevo gobierno que nacía. Él sería el arquitecto de la nueva situación política que debía conocer la renacida España.

Antonio Cánovas del Castillo aceptó la propuesta que el rey le hacía. Solo pedía plenos poderes para llevar a cabo su proyecto. Un proyecto que tenía como piedra angular la colaboración en el gobierno de la Nación de los conservadores, el grupo social que él dirigía, y los liberales progresistas, que contaban con dos jefes reconocidos: Práxedes Mateo Sagasta y Ruiz Zorrilla. Sagasta aceptó la propuesta que se le formulaba. Ruiz Zorrilla, por el contrario, se declaró republicano y marchó al exilio de París.

Se iniciaba el tiempo de la Restauración que, desde el año 1874, su inicio, se extendería hasta el año 1923, el año del comienzo de la dictadura de Primo de Rivera.

Alfonso XII no olvidó los favores recibidos. José Campo fue premiado con su nombramiento de marqués de Campo, y con el apoyo de la monarquía para todas las actividades que deseara iniciar. Unas actividades financieras que tendrían como soporte básico a una nueva creación de quien alcanzaba la nobleza por sus méritos. Hablamos del Banco Peninsular Ultramarino.

El nuevo marqués de Campo, en sus negocios, había decidido trascender más allá de las fronteras españolas. Necesitaba extender su poder hacia los grandes negocios que la vida de ultramar podía ofrecerle, y, más concretamente, los que tenían como procedencia los productos que se producían en nuestras colonias y la relación entre ellas y la península.

Colonias que, no podíamos olvidarlo, se situaban, todavía, tanto en América, Cuba-Puerto Rico, como en Asia, las islas Filipinas, y como en África, la Guinea española y nuestras posesiones en Marruecos, y que nos ofrecían para el comercio productos tan atractivos como el azúcar, como el tabaco, los frutos tropicales, la madera, y algunos productos de la minería de especial atractivo.

Para enlazarlas todas, para poder hacer comercio en todas ellas y entre todas ellas, el marqués de Campo se lanzó a la adquisición de una gran flota de navíos. Flota que estaría dedicada con exclusividad a cumplir el objetivo deseado: ser el vehículo esencial del comercio entre la metrópoli y las Colonias, entre la producción de las materias primas que ellas pudieran ofrecernos y los productos manufacturados que nosotros les ofrecíamos. En cada una de esas colonias José Campo tendría sus propias factorías.

Un proyecto ciertamente colosal del marqués de Campo que tuvo su recompensa. El gobierno le concedió la exclusiva del correo entre el puerto mexicano de Veracruz y las ciudades de La Habana en la isla de Cuba y la de San Juan en la isla de Puerto Rico. En la práctica todo el tráfico de viajeros, de correspondencia y de mercancías en el Caribe español.

No pasó demasiado tiempo sin que esta concesión se extendiera también a la correspondencia de España con las Islas Filipinas, lo que multiplicaba el poder del marqués de



Campo que controlaba de hecho, todo el comercio español en las costas asiáticas. El broche al poder disfrutado por el financiero valenciano tuvo lugar en el momento en que una concesión semejante se le otorgó para que sus navíos se ocupasen también del correo mediterráneo, es decir el propio de la península y nuestras posesiones africanas.

José Campo Pérez, marqués de Campo, en el año 1881, era, sin duda, el primero de los financieros españoles y uno de los más reconocidos de Europa.

Hay un ejemplo singular que tal vez sea la muestra más evidente de lo que afirmamos. Hablamos del viaje organizado por el marqués de Campo al canal de Panamá.

Estos son los hechos. En el año 1881, Fernando de Lesseps, el extraordinario ingeniero francés que había sido capaz de construir el Canal de Suez, la obra gigantesca que unía el mar Mediterráneo con el océano Índico, permitiendo así que la navegación que ponía en contacto Europa con Asia no tuviera que recorrer toda la costa africana, estaba inmerso en el proyecto de construir otro canal, todavía más ambicioso, que uniría el océano Atlántico con el océano Pacífico, lo que permitiría a la navegación olvidar el paso del Cabo de Hornos en el final de las tierras americanas.

Una obra de proporciones gigantescas que necesitaba financiación. Una financiación que Lesseps pensaba obtener de los grandes financieros europeos. Para lograrla había invitado a los gobiernos y a los hombres de negocios más eminentes de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de Holanda y de los Estados Unidos, a visitar las obras ya iniciadas y todo el proyecto definido.

Una noticia que recorrió el mundo y que llamó la atención del marqués de Campo. España, que había descubierto las tierras de Panamá, que había incorporado a sus gentes a la civilización occidental, no había sido invitada a participar del conocimiento de la obra que se proyectaba.

La respuesta del marqués de Campo fue inmediata. Se puso en contacto con Sagasta, en el momento jefe del partido liberal y presidente del gobierno español, y le manifestó su deseo de financiar un viaje del gobierno y de los mejores técnicos españoles en ingeniería a Panamá. Se trataba de recordar al mundo el papel que España seguía jugando en el continente americano.

Sagasta le indicó, en primer lugar, el agradecimiento del gobierno por su iniciativa, pero le manifestó que, al no haber sido invitados oficialmente, ni siquiera el rey, no podían aceptar su invitación a nivel de gobierno, aunque no habría ningún inconveniente en participar en una invitación privada que hiciese el financiero español.

José Campo aceptó el envite. Sería él quien invitaba a visitar las instalaciones del canal de Panamá al personal cualificado de los ministerios interesados, y de los Colegios e Instituciones que quisiesen destinar algún representante.



Una propuesta que fue aceptada de inmediato por parte de los ministerios de Estado, de Fomento, de Marina, que enviaron a sus subsecretarios, igual que hicieron las diversas Instituciones y Colegios directamente implicados. El marqués de Campo se reservó el incluir en la expedición a algunos de sus hombres de confianza para que le informasen personalmente del viaje.

Y entre ellos, y de manera muy personal, invitó al periodista valenciano Peris Mencheta, el audaz reportero instalado en Madrid, que sería capaz de montar su propia agencia de información. Él sería el encargado de enviar noticias a todos los rotativos de España y a los más importantes del Mundo.

Una acción de reivindicación de España en el mundo que el marqués completó comunicándole a Lesseps su proyecto y su disgusto. El célebre ingeniero francés le contestó pidiéndole perdón por haber excluido a España del viaje organizado, y comunicándole que toda la expedición española sería acogida como se merecía y atendida por los responsables en el propio lugar de las obras.

Una expedición española embarcada en el buque Magallanes, el marqués de Campo quería recordar a quienes dieron la primera vuelta al mundo, agasajada en todos los puertos visitados, y muy especialmente en La Habana y en San Juan de Puerto Rico, donde existían factorías de José Campo.

Una expedición que no tuvo más contratiempo que encontrarse en Panamá, en las obras iniciadas del canal, una epidemia de cólera que acabó con la muerte del director de las obras y de muchos de sus trabajadores.

El marqués de Campo murió en Madrid, afectado por un derrame cerebral según los médicos que le atendieron, el año 1889. Su cuerpo fue trasladado a su ciudad natal, a Valencia, donde recibió sepultura. Sus conciudadanos le honraron con la construcción de un monumento que hoy puede contemplarse en la Gran Vía del Marqués del Turia.

### **Su obra.**

Tres son los grandes objetivos que José Campo Pérez se propuso cumplir en el discurrir de su vida, de sus afanes financieros:

La modernización de la ciudad de Valencia. La presencia de España en la revolución financiera e industrial que Europa vivía. La defensa de la posición de España como potencia internacional.

Sobre el primer tema cabe poca discusión si recordamos que, siendo un hombre joven que había alcanzado la alcaldía, ya planteó todo el proyecto de urbanizar las calles más importantes, de dotar de alumbrado a la ciudad, de hacer posible que el agua corriente llegase a todas las casas...obra de urbanización global que culminó dotando a Valencia, a su reino, de una Institución financiera capaz de dar créditos baratos a cuantos lo solicitaran, y capaz de atender con microcréditos a los más necesitados.



Nació por su iniciativa, aunque la Historia sitúe como principal responsable a José Navarro Reverter, la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia. La institución financiera que en los tiempos de máxima necesidad, los propios de la posguerra civil española, pudo salvar a cientos de familias valencianas de la pobreza y del hambre.

También en el caso de la presencia de España en la revolución industrial y financiera que vivía Europa, hemos hecho especial mención a las inversiones que José Campo dedicó al mundo del ferrocarril. El instrumento fundamental de ese desarrollo económico que Occidente vivía.

El ferrocarril, poniendo en contacto a todas las ciudades españolas de importancia, tanto por lo que hace referencia a los viajeros cuanto a las materias dedicadas al comercio, fue la causa central del progreso que España vivió en el siglo XIX, una vez desaparecido de la escena Fernando VII. Y José Campo apostó por él.

Y junto al ferrocarril, la apuesta por las sociedades financieras cuya presencia en España él inició. Lo había aprendido en su recorrer por Europa. Solo uniendo el capital de muchos inversores y dirigiendo el camino a seguir por ese capital, se podían emprender las grandes reformas. Otra apuesta en la que acertó plenamente.

Nuestra presencia en el mundo queda también reafirmada por el papel que jugaban las importaciones hacia Europa de los productos propios de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Una importancia que servía de basamento al crecimiento de España y que fue cortada de raíz por los Estados Unidos de América apoyados por Inglaterra. La guerra de Cuba y Filipinas determinó el fin de nuestra posición como potencia colonial.